

LA TERCERA MIRADA

Elisa Lipkau

Los cineastas comprometidos socialmente asumen de modo erróneo que una buena película automáticamente produce el efecto político deseado. Tal vez es tiempo de darnos cuenta que la imagen por sí misma puede ser más impotente que poderosa cuando se trata de cambiar el mundo [...] Por lo tanto, si tú realmente quieres cambiar el mundo, deja la cámara y levanta una pistola.

Jay Ruby

La idea de mi película es transformar la antropología, la hija mayor del colonialismo, una disciplina reservada a aquellos con el poder para interrogar a gente sin él. Yo quiero reemplazar esa disciplina con una "antropología compartida". Esto es decir, un diálogo antropológico entre personas pertenecientes a diferentes culturas, que para mí, es la disciplina de las ciencias sociales para el futuro.

Jean Rouch

Estos dos textos presentan dos visiones opuestas de la antropología de la imagen y me sirven como pretexto para iniciar esta reflexión sobre la antropología en tanto disciplina humana, la cual parece atravesar un momento crítico en su trayectoria histórica. Al cruzar un nuevo milenio con el ímpetu de una mujer al mismo tiempo tan joven y tan vieja, "la disciplina del hombre" se cuestiona a sí misma desde las perspectivas más diversas, para encontrar lo que Chris Wright ha descrito como "el síntoma de alguna debilidad estructural dentro de esta ciencia, una fragmentación originaria, una división fundacional sobre la cual todo el edificio fue originalmente construido".¹

En el contexto post-colonial, post-moderno y globalizado la antropología ha sido cuestionada desde adentro y afuera de su propio campo académico. Pero detrás de casi todas estas perspectivas, pareciera vislumbrarse una especie de ansiedad ante lo desconocido, tal vez cercana a aquella ansiedad de la visión de los surrealistas, una especie de anhelo por algo perdido en medio del camino, algo comprendido como

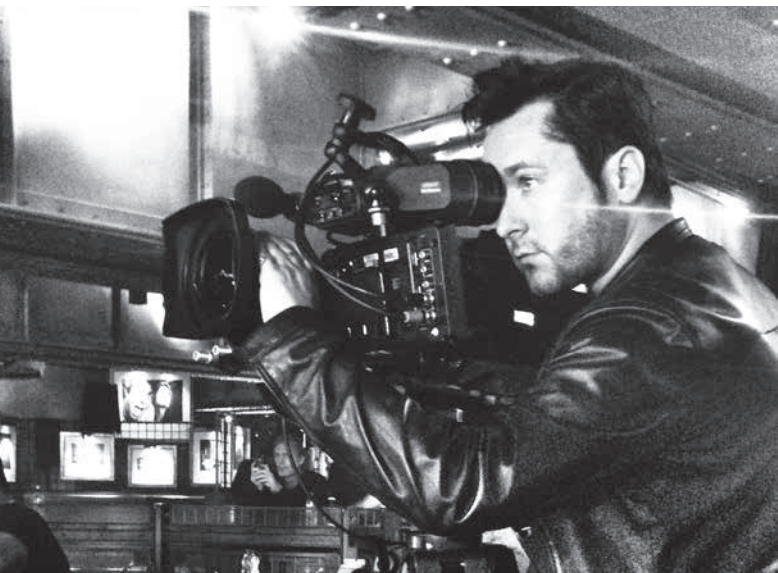
inaccesible. ¿Acaso será una especie de anclaje a la realidad lo que se quedó extraviado en el camino? ¿La pérdida de una conexión con el cuerpo humano en sí mismo; tema que ha resultado elusivo y problemático para la antropología a lo largo del pasado siglo XX?

Al comparar las propuestas de teóricos como Chris Wright, Faye Ginsburg, Jay Ruby, Fatimah Tobing Rony, entre otros, más que reconocer he llegado a intuir una problemática que me parece central para la teoría antropológica sobre lo visual en la actualidad. La imagen y el texto, la fotografía como ilusión o herramienta científica, la relevancia antropológica o las cualidades estéticas, arte y ciencia, objetividad y percepción; todos estos conceptos en cierta medida opuestos aparecen como temas centrales de dichos autores, quienes cuestionan los marcos teóricos positivistas sobre los cuales fue fundada nuestra disciplina y las problemáticas que han surgido en las últimas décadas dentro de la práctica etnográfica, a raíz de esta manera bipolar de concebir las perspectivas visuales dentro de la antropología.

¿Es esto resultado de cierto tipo de conexión perdida entre las diversas partes de la teoría antropológica, o alguna diferencia esencial entre la naturaleza de la imagen y el texto? Creo que podríamos llamarlo una tensión entre la imagen y los supuestos metodológicos de la antropología, surgida desde la época de Malinowsky, pero mi idea básica es que aún cuando hoy en día la crisis de representación está supuestamente superada y aparecen nuevas formas para teorizar la imagen dentro de la epistemología occidental, los antropólogos parecen estar aún peleando para definir una teoría unificada para el estudio de lo visual dentro de su disciplina, sin encontrar respuestas fáciles.

Mi interés se enfoca en la problemática de la representación etnográfica, específicamente dentro del campo del documental y no en definir las fronteras y temáticas fundamentales de la antropología visual como una disciplina o subárea; aún cuando coincido con el profesor Wright en que la antropología visual puede y debe avocarse a un campo más amplio de intereses, al concebir las relaciones culturales y de comunicación como su centro. Como este mismo autor pienso que las respuestas deben ser buscadas dentro de la disciplina misma y no

¹ Chris Wright, *The Third Subject: Perspectives on Visual Anthropology*, en *Anthropology Today*, Vol. 14, No. 4, 1998.



tomando prestados los modelos del cine realista o documental como otros han sugerido.²

Wright, Ginsburg y Ruby proponen hacer del estudio de los fenómenos visuales o/y pictóricos y su producción social e intercambio el centro de la antropología visual. Como Wright, considero que lo visual es una parte central de la antropología y por esta razón no debe considerarse tan sólo como una sub-área o sub-disciplina dentro del campo mayor de la antropología como “mainstream”.³ Pero teóricos como Jay Ruby todavía conciben un campo académico “ideal” como una élite intelectual auto definida y restringida, donde las “verdaderas películas etnográficas” se produzcan solamente por “antropólogos profesionales”, que utilicen el medio para transmitir los resultados de sus estudios y conocimiento etnológico”.⁴

Esto significa en primera instancia que lo visual sigue concebido como una entidad separada del texto o el conocimiento etnológico, sólo como una forma de capturar y presentar los conocimientos o intuiciones del etnógrafo y, en este sentido coincido con Wright en que este tipo de producción documental podría ser llamada más adecuadamente “antropología ilustrada”.⁵ En última instancia, la propuesta de Ruby peca de ingenuidad, pues dado el contexto actual de la globalización de los medios masivos de comunicación y, en particular, de los equipos para producir y editar video digital, ya no puede ni siquiera pensarse en la posibilidad de que sólo los antropólogos profesionales realicen documentales etnográficos. Antropológicamente o no, el caso es que hoy en día los sujetos antes representados se representan a sí mismos sin el permiso de las autoridades académicas.

² Jay Ruby, *Picturing Culture, Explorations of Film and Anthropology*, University of Chicago Press, 2000, p. 3.

³ Chris Wright, *Op. cit.*, p. 21.

⁴ *Ibid.*, p. 1.

⁵ *Ibid.*, p. 17.

Como Faye Ginsburg y Wright han propuesto, es necesario concebir a los medios de comunicación como medios, es decir, como factores intermediarios en la comunicación social y que por lo tanto, constantemente transforman las relaciones entre la antropología y las ciencias sociales y sus sujetos de estudio. Concibo la producción de video antropológico o de documental etnográfico, en tanto procesos de representación o mediación cultural, como procesos rituales. Para Jay Ruby un film o video etnográfico sería una forma de transmitir el conocimiento que el etnógrafo ha obtenido durante su trabajo de campo y análisis subsecuente.⁶ Pero desde mi perspectiva, este proyecto está aún dominado por una dinámica colonialista, aún cuando este autor hable de producir documentales etnográficos de tipo “participativo”. Las ideas de Ruby parten todavía de una mirada unidireccional del etnógrafo, como único observador autorizado para traducir sus observaciones en una “verdad científica”, aún cuando reconozca “la naturaleza socialmente construida de la realidad y la naturaleza tentativa de entender cualquier cultura”.⁷

Desde mi punto de vista, la idea que resulta de comparar a estos autores es que debemos dejar de concebir la representación desde una perspectiva unifocal, como una relación con una sola dirección. Debemos alterar la esencia de esta relación entre el científico y el sujeto estudiado desde una mirada que objetiviza la realidad y, por tanto, reduce las enormes posibilidades del conocimiento humano, para comenzar a producir e interpretar la realidad y la antropología como Alfred Gell propuso para el análisis del arte, en tanto acción.⁸ Esta aproximación, como él explica, no se centra únicamente en producir o interpretar significados, aunque bien puede implicar este nivel. Gell piensa que se trata de concebir la relación que produce el arte como un proceso de mediación y no sólo concebir el producto y analizarlo en tanto texto.

Dado que uno de los problemas centrales de la antropología visual consiste en una separación originaria entre el texto y la imagen, yo propondría inspirarnos en la postura de Gell para el análisis de los objetos artísticos, en tanto productos culturales y extenderlo al análisis mismo de la realidad y el comportamiento humano, desde la perspectiva del performance o la acción; es decir, concebir el proceso de representación como una relación entre dos o más sujetos, en múltiples direcciones y en un nivel político de equidad, para que el elemento de poder en la lente de la

⁶ Jay Ruby, *Op. cit.*, p. 234.

⁷ *Ibid.*, p. ix.

⁸ “Yo coloco el énfasis en la *agencia*, la intención, causación, resultado y transformación. Yo concibo el arte como un sistema de acción, orientado a transformar el mundo más que a codificar proposiciones simbólicas sobre el mismo. Esta aproximación centrada en la acción es inherentemente más antropológica que la aproximación semiótica, porque se preocupa del rol práctico como mediadores de los objetos artísticos, más que con la interpretación de objetos “como si fueran textos”. Alfred Gell, *Art and Agency*, Clarendon Press, Oxford, New York, 1999, p. 8.

cámara se transforme en su opuesto, una especie de ventana o tercer ojo que reuna al etnógrafo con sus sujetos y su entorno como un todo, en un nivel ritual o performático. Tal vez de esta forma podría sobrepasarse la condición fragmentaria del pensamiento occidental y la polaridad analítica que divide a nuestra disciplina. Pero para ello hay que comenzar por sustituir una anquilosada objetividad científica por la participación consciente de la subjetividad del etnógrafo y su equipo. Me refiero a una subjetividad de tipo corporal y emocional.

Fatimah Rony habla del tercer ojo como una ventana o filtro que puede alterar la relación etnográfica dentro de la práctica antropológica.⁹ Pero no me refiero aquí a utilizar, como ella implica, “la perspectiva del salvaje” y ver a través de sus ojos como si fuesen una ventana del otro que me observa. No podemos tampoco abandonar nuestros cuerpos voluntariamente y observar la realidad desde otra dimensión, al menos no la mayoría de nosotros. Mi propuesta se relaciona más cercanamente con la idea de Barbara Myerhoff como la explica Marc Kaminsky.

“Myerhoff propuso que el investigador o documentalista buscara localizar una tercera voz, como amalgama de su propia voz y la voz del sujeto, combinadas de tal forma que fuese imposible saber cual de ellas dominaba el trabajo, o en otras palabras, realizar películas en las cuales las visiones provenientes del exterior (al sujeto) y el interior (a su comunidad o a su realidad) se unieran al crear una nueva perspectiva.¹⁰ Ruby observa que esto sería una variación de la noción de colaboración en la cual la autoridad creativa seguiría permaneciendo en las manos del observador. No obstante, en mi perspectiva, lo importante no es sólo una cuestión de autoridad (en términos de quien graba o edita el material), sino una cuestión de cómo es concebida la relación misma del proceso de creación de la película. Pienso que es necesario que las voces sean claramente distinguibles, pero la tercera voz o mirada puede resultar de la integración entre dos o más puntos de vista. La tercera mirada es entonces una especie de visión exterior e interior al mismo tiempo, que resulta de la magia creada por el diálogo entre culturas, en su encuentro con las posibilidades infinitas de la tecnología cinematográfica.

En este sentido es que concibo la relación filmica como un proceso ritual, envuelto en una cierta magia resultado de las posibilidades generadas por un aparato digital de registro de imágenes. Chris Wright, maestro de antropología visual en la Universidad de Londres, afirma que existe una especie de envidia de los antropólogos hacia los artistas en la actualidad y que aun cuando algunos artistas europeos y

norteamericanos se han apropiado del aura e incluso de algunos métodos de la antropología, lo contrario no ha ocurrido con mucha frecuencia.¹¹ Al mismo tiempo, él percibe un constante esfuerzo dentro del campo de la antropología por separar el valor estético y antropológico de cualquier película, como si esta separación en sí fuese posible desde el proceso de producción mismo, cosa que no es así. La idea debiera ser totalmente la opuesta: no tratar de dividir la imagen y el texto, sino concebirlos como elementos entrelazados en una realidad compleja, tal como los instrumentos que componen una melodía o los distintos organismos de la naturaleza que producen vida. Desde la perspectiva de la nueva física y la teoría del caos, esto resulta mucho más lógico.¹²

Mi interés reside en anclar una idea que parece estar en el aire, aunque no muy definida. Siguiendo a Wright, ésta parece ser la necesidad de rehacer o replantear la antropología visual, al transformar no solamente el análisis teórico de los estilos o técnicas de investigación visual que puedan utilizarse en la producción de video y otros productos visuales/textuales, sino replantear la disciplina como el estudio de las interacciones humanas. Partiendo de las ideas de Gell, Wright, Rony, Ginsburg y Antonin Artaud, quiero anclar la idea de la necesidad de transformar la perspectiva antropológica para teorizar la representación como acción, es decir, bajo la perspectiva del performance, como una relación entre diferentes culturas o cuerpos y como un proceso de mediación que sirva como puente para unir estos diversos mundos culturales, o bien, para conectar conceptos antes considerados como pares opuestos dentro de nuestra propia y fragmentada epistemología occidental.

La idea de representación¹³ como performance toma de Antonin Artaud la necesidad de abandonar hasta cierto punto la idea de representación en sí, para concebir la práctica antropológica como un proceso ritual de transformación. Abandonar la idea de representación como ilustración o ilusión de la realidad para concebirla como realidad en sí misma y no en tanto producto, sino en tanto proceso. Esto significa no concebir imágenes como descripciones de textos, pero imaginar un proceso documental donde la imagen, el sonido y otras dimensiones de la vida juegan una parte esencial. Un proceso en el cual el pensamiento occidental, dominado por la racionalidad lógica, podría ser transformado a través del tercer ojo; la mirada resultante del entrelazamiento de dos o más visiones: aquella del etnógrafo y su equipo de filmación y aquellas de los sujetos en tanto comunidad.

¹¹ Chris Wright, *Op. cit.*, p. 20.

¹² Cf. entre otros: Dossey, 1982; Zohar, 1997; Wagensberg, 1998.

¹³ Entiendo la *representación*, en este caso, como un proceso cultural en que el etnógrafo(s) y sus sujetos participan para entrelazar sus diversas culturas e intercambiar o compartir sus visiones del mundo, como diría Jean Rouch y que bien puede o no resultar (y muchas veces es así dadas las dificultades del proceso de postproducción) en un video etnográfico.

⁹ Fatimah Tobing Rony, *The Third Eye: Race, Cinema and Ethnographic Spectacle*, Duke University Press, 1996, p. 4.

¹⁰ Jay Ruby, *Picturing Culture, Explorations of Film and Anthropology*, University of Chicago Press, 2000, p. 212.

Propongo concebir el proceso de representación como performance, relacionado con la idea de Artaud de un arte total, en la cual el cuerpo o los cuerpos participantes se relacionan y transforman entre sí en distintos niveles, pero todos ellos íntimos y profundos.¹⁴

Como diría Fatimah Rony, necesitamos comprender las imágenes en una nueva forma, “una forma que pueda traer a la gente que las habite fuera de su cautividad de silencio y hasta el presente, una que reconozca su acción (performance) más que la representación empírica de primitivos perdidos en una atemporalidad pintoresca”.¹⁵ En este sentido, necesitamos concebir nuestro trabajo dentro de la producción de representaciones antropológicas desde una perspectiva totalmente opuesta a la presentada en la película recientemente premiada, “Los diarios de la motocicleta” de Walter Salles, que si bien pretende presentar una visión revolucionaria y socialmente comprometida de los marginados en América Latina, no sobrepasa el nivel de representación atemporal y pintoresca a la que hace referencia Fatimah Rony. Para sobrepasar la dimensión colonialista del proceso de representación etnográfico es necesario no solamente dar voz o autoría a los sujetos (como piensan los académicos), sino ante todo alterar la dirección unilateral de las prácticas de representación, para concebir el proceso como una relación bifocal de transformación mutua. Un proceso consciente de transformación social, como Gingsburg propuso,¹⁶ en donde existe un riesgo para el etnógrafo y no solamente para el sujeto representado: el riesgo de salir (con)movido de la experiencia.

No es una cuestión de ser paternalistas, pero la posición de Jay Ruby es aquella de un positivismo anquilosado que supone aún que sólo los científicos y particularmente los antropólogos tienen la capacidad para analizar y comprender otras culturas. No pienso afirmar que los indígenas puedan producir películas etnográficas, a menos que sean preparados como etnógrafos, pero sin duda pueden producir aproximaciones verdaderas y reflexivas sobre sus propias culturas y si son preparados con técnicas básicas de producción de video (como ha demostrado Terence Turner con los kayapo de Brazil) sin duda podrán representar a sus comunidades y sus visiones del mundo en los medios masivos. Hoy en día, a pesar de que las autoridades culturales suponen muchas veces a los indígenas viviendo aún perdidos en ese pasado inmemorial y primitivo al que se refiere Rony y que Salles presenta como una realidad latinoamericana actual, los jóvenes otomíes del Valle del Mezquital en Hidalgo, como

seguramente tantos otros, manejan ya por sí mismos y sin ninguna preparación cámaras de video digital para documentar el performance de sus diversas ceremonias rituales al interior de sus comunidades.

Creo que es tiempo de que los científicos y antropólogos, los occidentales en general, nos demos cuenta de que hay algo muy importante que estamos perdiendo en nuestras perspectivas sobre el mundo y las diversas culturas con las que interactuamos. Considero que la fragmentación de la epistemología occidental y en particular, de las ciencias sociales y nuestra conflictiva realidad global, tienen que ver con una división o separación original de nuestra perspectiva al relacionarnos con todo lo que nos rodea. ¿Somos realmente tan diferentes y estamos realmente separados de los demás seres humanos, los animales, las plantas y de la consciencia cósmica? Existe mucho que aprender de las comunidades indígenas del mundo, pero primero que nada es necesario tratar de experimentar de nuevo la conexión entre nuestros cuerpos y la realidad (tanto material como no material) que nos rodea. Pienso que en la búsqueda por esta re-conexión con el todo que las nuevas ciencias exactas han vislumbrado en las teorías del caos, podemos encontrar algo de la magia perdida en el siglo XIX con el advenimiento de la “magia natural” de la fotografía. La paradoja es que esta magia puede ser reencontrada a partir de la fotografía misma.

Por ahora quiero retomar las ideas con las que inicié este ensayo, ambas tomadas del libro *Picturing Culture: Explorations of Film and Anthropology* de Jay Ruby, dado que representan dos maneras opuestas de concebir lo que la antropología puede ser. Aún cuando Ruby comienza su propio texto con las palabras de Jean Rouch, no creo que esté pensando en la antropología como una relación entre diversas personas iguales, en una antropología compartida que implique diálogo y transformación mutua, tal como el recientemente fallecido etnógrafo francés propuso hace varias décadas. No tengo la inocente idea de que podamos cambiar la política o el sistema internacional con etnografías visuales, pero sí creo que a través de ellas podríamos al menos transformarnos a nosotros mismos para convertirnos en personas “íntegras”, y que si algo necesita nuestra conflictiva realidad global sin duda no son más pistolas, sino magia y comprensión mutua, tal como Rouch demostró con su famoso “cine-trance”. ☞

¹⁴ Susan Sontag, *Antonin Artaud. Selected Writings*, University of California Press, 1976; Stephen Barber, *Artaud: The Screaming Body*, Creation Books, London, 1999.

¹⁵ Fatimah Tobing Rony, *The Third Eye: Race, Cinema and Ethnographic Spectacle*, Duke University Press 1996, p. 13.

¹⁶ Faye Ginsburg, *Culture/Media. A (mild) polemic*, en *Anthropology Today*, Vol. 10, No.2, April 1994, p. 5.

Elisa Lipkau (Ciudad de México, 1973). Historiadora mexicana, graduada con mención honorífica de la licenciatura en Historia en la UNAM y de la Escuela Nacho López como fotógrafa. Realizó su maestría en antropología visual en la Universidad de Londres en 2004. Actualmente es docente del CNA y trabaja como realizadora de video documental y performance. Es además cantadora de flamenco y una de las pocas intérpretes a nivel internacional que reúne ambos mundos: el “toque” y “el cante”. También es cantante de jazz, boleros y otros géneros. En la última década se ha dedicado a la música como su verdadera pasión.